

OCTAVIO PAZ EN SU INQUIETUD

POR LO COMÚN SON LOS JÓVENES ESCRITORES QUIENES TIENEN que acosar a sus venerados maestros literarios para conseguir de ellos alguna señal de reconocimiento y establecer una relación personal. Siempre me ha parecido un ritual iniciático bastante cargante para ambos implicados, por lo que toda mi vida me he negado a practicarlo (salvo, en cierto sentido, con E.M. Cioran, pero es que Cioran es demasiado sencillamente grande como para andarse con remilgos). Cuando empecé a escribir, sólo me fascinaba el estilo ensayístico de dos prosistas en lengua castellana: Borges y Paz. Pero Borges se presta demasiado al amaneramiento como para que me decidiera a imitarle abiertamente (por lo bajo ya es otra cosa), y además Paz ha tratado todos los temas actuales de los que yo quería oír hablar: guerra y paz, erotismo, el ateísmo social, Sade, las drogas, las posibilidades revolucionarias de la creación literaria. Siempre con la elegancia más sobria, con la felicidad verbal más expresiva y menos pedante. Por entonces yo fingía creer que escribir bien era repetir los meandros paratácticos de las traducciones al español de Adorno y Horkheimer; en el fondo, sabía que escribir bien era, y es, escribir como Octavio Paz en El arco y la lira o Corriente alterna. Pero nunca —dicho sea en mi maltrecho honor— me hubiese atrevido a enviarle uno de mis libros a Paz ni mucho menos a esperar la más liviana palmadita moral en el lomo de su parte.

Cierto día, hace aproximadamente 17 años, recibí una carta del mismísimo Octavio Paz. Había leído La filosofía tachada, mi segundo libro (en el que sus ideas aparecían algo más que episódicamente) y tenía para mí palabras cordiales de ánimo. Conservo la generosa misiva: no sé cuánto alegría le produjo a Octavio el telegrama de la Academia Nobel, pero quizá no fuese mucho mayor que la mía en aquella ocasión. Luego seguimos nuestra correspondencia y, a partir de mi primer viaje a México (lugar donde tanto quiero y tengo), la amistad cara a cara. Pero lo que aquí viene a cuento de la anécdota es dejar constancia de la atención de Paz por lo que escriben los jóvenes y de su disposición a brindarnos lo que otros quizá regatean con embarazo o fastidio.

No ignoro que Octavio Paz tiene un cierto halo derechista entre los intelectuales punteros latinoamericanos: ayer era por denunciar, cuando todos los silenciaban, los desafueros del llamado "socialismo real"; hoy, supongo que por no lamentar con medias verdades que bayan alcanzado (por desgracia no en todas partes) su escandaloso y precipitado fin. A mi juicio, es uno de los motivos por los que bay que tenerle más agradecimiento y más admiración. En cierta

forma, desde hace muchos años todos los intelectuales de su país se miden con Paz, tal como se medían con el pistoletero más rápido del poblado los jóvenes aspirantes a la corona de Billy The Kid. A veces ello ha producido cierta crispación en su imagen pública y supongo que también en su propia intimidad, nada remisa a implicarse en los remolinos de la historia vivida. Ahora, el Nobel le ha puesto un poco a resguardo, quizá no más allá, sino más acá —más próximo no sólo para el antagonismo, sino también para el orgullo del bien y del mal. Pero sigue alerta, inquieto, palpitando como ese indomable corazón sin sosiego por el que San Agustín definió al hombre, aunque dentro de la bien ganada madurez serena de su obra y de su vida. En su casa del paseo de la Reforma, en el centro de la capital mexicana, rodeados por el civilizado agobio de miles de libros y espaldas con altivo disimulo por varios gatos, dialogamos sobre las cosas que pasan y las que quisiéramos ver perdurar.

Fernando Savater: Hace un año hubiéramos dicho que se había despejado en parte ese "tiempo nublado" político del que tú hablaste. Asistimos entonces al final de numerosas dictaduras de signo derechista y también al estrepitoso hundimiento de los regímenes totalitarios del este de Europa. Todo parecía indicar que se acercaban tiempos liberales y por tanto pacíficos y prósperos. Pero ahora nos vemos envueltos en otra guerra (la del golfo Pérsico), con toda su carga de atrocidades, de mentiras y de bravatas, de destrucción. ¿Qué opinas de la situación actual?

Octavio Paz: Sin duda, el final de los sistemas comunistas europeos ha sido el gran acontecimiento de la historia reciente. Nos ha sorprendido a todos porque el paso de los procesos de cambio histórico es muy lento, a veces imperceptible para los contemporáneos, hasta que el trabajo subterráneo del tiempo se manifiesta con repentina violencia y las transformaciones ocurren con gran rapidez. Esos sistemas estaban mucho más corrompidos en lo administrativo y en lo moral de lo que parecía a primera vista. Por cierto, que los intelectuales que con tanto entusiasmo los apoyaron, sobre todo en América Latina, rara vez han sido capaces de efectuar una verdadera revisión de aquellas posiciones: para ser intelectuales críticos, han mostrado muy poca capacidad de autocritica. Ahora se inicia una gran labor de reconstrucción a la que no podemos permanecer ajenos los demócratas occidentales.

F.S. ¿Crees que Gorbachov será capaz de llevarla a cabo?
O.P. Pienso que es lícito tener esperanzas, aunque las dificultades ya vemos que son muchas. Gorbachov ha com-

prendido con gran claridad que para llevar a cabo su reforma se requiere ante todo una tregua: hay que terminar con los vestigios de la guerra fría, detener la carrera de armamentos y aprovechar el respiro para recuperar la economía. Sin embargo, la modernización no es sólo un problema económico, sino político. Es preciso inyectar mayor libertad a la vida política de la Unión Soviética. Sólo a través del ejercicio de la democracia podrá Gorbachov ganarse el apoyo de la mayoría de la población y cerrar el paso a los intentos de retroceso de la burocracia conservadora o de la demagogia nacionalista.

F.S. El mapa entero de la Europa política tendrá que cambiar.

O.P. Por supuesto. El Pacto de Varsovia se disgregará en cuanto sus miembros alcancen autonomía efectiva.* El Pacto del Atlántico tampoco parece tener mucha utilidad ahora. Si subsiste, tendría que incluir a países del Este, quizá a la propia Unión Soviética. ¿Qué sentido tendría un pacto militar que incluyese a Estados Unidos y la Unión Soviética? Creo que los pactos militares desaparecerán porque ya son superfluos y darán paso a una nueva organización de los Estados europeos. Espero que entonces su papel se haga más importante frente a la, hasta hoy, abrumadora influencia de los dos gigantes.

F.S. Se dice que todo ello apunta hacia la constitución de un nuevo orden planetario. ¿Piensas que es posible algo así como una especie de Gobierno mundial?

O.P. No, la verdad es que tal cosa no me parece probable, ni siquiera deseable. Más bien supongo que vamos hacia diversas asociaciones o comunidades de Estados. El movimiento general de la historia nos lleva hacia formas de asociación política y económica regionales y continentales. La habrá pronto en Europa y la necesitamos sin duda en América. Estas federaciones de Estados son importantes porque limitan o condicionan el poder de los grandes; en tales organismos los países más pequeños encuentran una tribuna y a veces consiguen un tribunal. A partir de ahora serán estas asociaciones las que vayan sustituyendo a los dos bloques de antaño. El nuevo orden mundial se basará en estas organizaciones y en ciertos mínimos éticos, como la democracia, con lo que implica de pluralismo y de defensa de los derechos humanos. En fin, la garantía del derecho.

F.S. Sí, porque incluso el derecho a la diversidad implica la aceptación de un derecho común en que se apoya lo múltiple.

O.P. Eso es. El pluralismo y el relativismo de los ideales políticos se sustentan en el fundamento de un derecho común que constituye el principio general, a partir del cual cada uno puede desarrollar su propia originalidad y creatividad. Es lo que debemos entender por democracia.

F.S. Pero ese derecho común exigirá un reforzamiento de las Naciones Unidas y sin duda dotarlas de un instrumento coactivo, unas fuerzas armadas propias.

O.P. Mira, yo no creo que los conflictos vayan a desaparecer. Hay que tratar de civilizarlos, de sublimarlos, pero tenemos que aceptar convivir con ellos. Por terrible que suene decirlo, no creo que podamos prescindir por completo de la fuerza, de cierta violencia. Las Naciones Unidas son herederas de la Liga de Naciones, que resultó ineficaz porque estaba compuesta sólo por países satisfechos. El organismo actual es más democrático, pero aún persiste el privilegio del Consejo de Seguridad. Yo creo que debe ser reformado,

ampliado, pero sin caer en la demagogia. Si las Naciones Unidas se convierten en un foro para demagogos no tendrán ninguna utilidad.

F.S. Se vio no hace mucho en la UNESCO, durante el mandato del anterior secretario de este organismo.

O.P. Pienso que es necesario recuperar la vieja sabiduría política, la de los controles que se vigilan mutuamente. Controles para la demagogia. Y también controles para la aristocracia de los poderosos. Si faltan unos u otros, la democracia efectiva es inviable.

F.S. Bien, pero todos estos proyectos han tropezado con la guerra del golfo Pérsico. Muchos la interpretan como un nuevo avatar del imperialismo capitalista, ahora triunfante sin rivales.

O.P. En el conflicto del golfo Pérsico ha habido una importante lección para el maquiavelismo de las democracias, ese maquiavelismo de corto alcance que llevó a Chamberlain y Daladier a reforzar a Hitler, o a Roosevelt y a Churchill a reforzar a Stalin. Algo parecido ha pasado con la venta de armamentos y el apoyo a Saddam Hussein. Desde luego, no basta con reimplantar el derecho meramente formal. Pero Kuwait es un Estado soberano, reconocido por las Naciones Unidas, reconocido por el propio Irak. Se trata, si se quiere, de una invención inglesa, pero como Jordania y otros Estados de la zona. Inglaterra, Francia y Estados Unidos intentaron en Oriente Medio implantar un orden que sustituyese al desaparecido Imperio Otomano. Apoyaron a Irak frente a Irán y crearon un monstruo, un gran peligro, lo mismo, desde luego, que hubiera ocurrido si hubiesen apoyado a Irán. Ahora se hacen imprescindibles soluciones de política a más largo plazo. Lo primero es no destruir a Irak, lo segundo es intentar desarmar a Saddam Hussein, y lo tercero es buscar una solución no demasiado injusta para los problemas del área, incluyendo a los palestinos, a los libaneses y a los kurdos, que suelen ser frecuentemente olvidados.

F.S. El papel de España junto a los aliados ha recibido muchas críticas. Se unen a una especie de temor que he escuchado muchas veces en Latinoamérica, el de que la incorporación de España a Europa signifique algo así como dar la espalda a los pueblos americanos.

O.P. A mi juicio, los intereses políticos y económicos actuales de un país son tan respetables como sus intereses históricos. Es evidente que los intereses históricos de España están vinculados a América Latina, pero los intereses económicos y políticos dependen ahora de Europa. España ha intentado desde el siglo XVIII recuperar su sitio en Europa y yo me he alegrado mucho de que lo haya conseguido por fin. Me parece un empeño legítimo y además no creo que deba perjudicar a nuestros países americanos. También los intereses de los pueblos americanos se están replanteando. Yo no me atrevo a hablar en nombre de toda América Latina, pero en el caso de México estoy convencido de que nuestro interés pasa por un buen entendimiento con Estados Unidos, que no implica ninguna abdicación de nuestra identidad—como dicen algunos— ni cosa parecida. Pienso que la vocación actual de México se dirige a ese entendimiento con Estados Unidos, sin que ello suponga ninguna oposición con el resto de Latinoamérica. En el caso de España y Europa creo que las cosas van del mismo modo.

F.S. Además, España puede ser mucho más útil a Latinoamérica como cabeza de puente en Europa, como el mediador

*La entrevista se realizó poco antes de que se firmase tal disolución.

históricamente natural entre Europa y Latinoamérica, papel que no podría cumplir si no fuese plena y decididamente europea.

O.P. Te voy a contar una anécdota que me parece muy reveladora a este respecto. Cuando los *marines* norteamericanos invadieron Santo Domingo, una serie de intelectuales latinoamericanos escribieron un manifiesto contra la invasión, en el tono habitual de denuncia del imperialismo yanqui con fraseología marxista. Y otros intelectuales, encabezados por Borges y Bioy Casares, escribieron otro manifiesto, que ya pocos recuerdan, apoyando la invasión. A mí los dos manifiestos me parecieron igualmente abominables, porque ambos nos consideraban no como sujetos, sino como víctimas de los grandes poderes históricos: el imperialismo soviético en un caso y el yanqui en el otro. Por entonces vivía en la India como embajador y, como me sentía desazonado, molesto, recurrí al expediente que solemos utilizar en tales ocasiones los intelectuales: decidí fundar una revista. De este proyecto salieron más adelante primero *Plural* y luego *Vuelta*. Buscando apoyos en Europa para esta revista, que debía enfrentarse a los maniqueísmos dominantes, pensé en De Gaulle. Como tenía amistad personal con Malraux, hablé con él para exponerle el proyecto y pedirle que se lo hiciera llegar al general. Malraux se sintió muy interesado y me comentó: "Claro, en ausencia de España (entonces bajo la dictadura franquista), Francia es el intermediario natural de Europa con América Latina". Bueno, luego el proyecto fracasó, porque De Gaulle no lo entendió bien y me propuso una financiación por medio del Ministerio de Asuntos Exteriores. Yo la rechacé, porque no se trataba de eso, teníamos que ser plenamente independientes, y Malraux reconoció que comprendía mi rechazo en una carta breve y generosa. Pero lo que se me quedó grabado por encima de todo es esa expresión: "En ausencia de España". Era el mejor reconocimiento del papel, a la vez europeo y americano, de nuestro país.

F.S. Me gustaría que hablásemos sobre el papel que va a tener en este orden más o menos nuevo lo individual. Después de todo, lo que suele brotar en la mezcla cosmopolita de los grandes imperios son las artes de vivir, las *sageses* individuales.

O.P. Cuando se hunden las grandes utopías colectivas, siempre más bien formales, a Platón le sustituyen los estoicos y los epicúreos.

F.S. Exactamente. Ahora que tantas grandes doctrinas han periclitado, se nos alarma desde el Estado todos los días con la mención de peligros diabólicos (la droga, la deshumanización tecnocrática) que se pretenden conjurar a base de prohibiciones, en lugar de intentar fomentar educativamente la necesaria templanza, el control individual.

O.P. Desde luego, es preciso ayudar a la creación de auténticos individuos. Y de individuos capaces de relativizar sus opiniones lo suficiente como para coexistir en paz: árabes junto a judíos, mexicanos junto a norteamericanos. Han caído ya los sistemas que todo lo explicaban irrefutablemente. ¿Qué quedará del marxismo? Una serie de nociones importantes, sin duda, como las que quedan del tomismo. Pero en cuanto pretendidas *summas*, ambos eran falaces. Aunque mi interés por la filosofía nació en mi juventud a través de Schopenhauer y Nietzsche, ahora me parece que el filósofo más importante de la modernidad, el que no podemos olvidar, es Kant. Sin Kant no se explica Schopenhauer y sin Schopenhauer no

habría habido Nietzsche. En Kant nace el método crítico, que nos permite juzgar no sólo los sistemas metafísicos, sino la propia crítica: permite criticar la crítica. Yo creo que la tarea del pensamiento moderno es tender puentes entre lo particular y lo universal, entre lo parcial y la totalidad, ¿no te parece?

F.S. Lo menos fundamentalista y más ilustrado de quienes reflexionan sobre la ecología, por ejemplo, me parece que va en esa dirección.

O.P. Hay que recuperar intelectualmente la relación con la naturaleza como un todo. Desde luego, ya no podemos santificar la naturaleza ni lograr que haya dríadas en los bosques y náyades en las fuentes, lo que sin duda sería muy hermoso. La naturaleza ya no es sagrada, la desacralizó primero el cristianismo y luego la ciencia moderna. Pero no por eso hay que perderle el debido respeto, lo cual ha sido el gran pecado del capitalismo actual. El pensamiento moderno ha triunfado en el terreno de las generalidades, pero ha menospreciado lo particular, lo sensible, lo cualitativo. Son las artes las que han rescatado estos rasgos, en especial las artes literarias y, muy en especial, la poesía. El pensamiento futuro tendrá que ser pensamiento poético, en el sentido menos blando del término, como quiso, por ejemplo, María Zambrano. Un pensamiento que recoja lo particular, lo cualitativo, lo sensible, lo sensual y lo ponga en relación no avasalladora con el todo. Los poetas son los intermediarios de esta relación. ¿Qué queda de las ideas políticas de Neruda? Poco de interesante. Pero en sus poemas está ese trazo sucio que vio un día, esa nube, la riqueza de lo particular, la resurrección del instante.

F.S. En nuestro mundo, el aumento del individualismo ha ido matando las fiestas en lo que tenían de festivo, de estático. Pero hay una nostalgia de las fiestas, como se vio en Mayo del 68, o se ha visto hace poco en el entierro de Jomeini, incluso en las explosiones de entusiasmos bélicos. ¿No crees que el aumento de racionalismo aplicado a lo social va haciendo el mundo más tolerable pero menos intenso? Después de todo, es el horror o su proximidad lo que da intensidad a la vida, ¿no? Y aunque aún queda bastante, ¿será la poesía un medio de conservar la intensidad de la vida cuando —felizmente— disminuya el horror social?

O.P. No creo que tengamos que preocuparnos por tal cosa. Soy más bien pesimista o realista, si prefieres. En el hombre hay tales pasiones que nunca faltará intensidad y horror. Aunque algunas cosas se resuelvan por un lado, otras se desarmarán terriblemente por otro. Piensa en el siglo XVIII, el más civilizado de la modernidad. Pero en él escribió su obra el marqués de Sade. Y Casanova cuenta en sus *Memorias* la escena terrible en que posee a una joven en el balcón de una casa, mientras ven en la plaza la ejecución de un reo. Esta es la otra cara del racionalismo. No creo que debamos ocultarnos a nosotros mismos que los hombres nunca perderemos del todo la nostalgia del sacrificio, ¿no te parece?

